

NIPPUR DE LAGASH

# ENNAM, EL DE LOS PANTANOS

Por ROBIN WOOD



No era un pueblo, apenas un apenuscamiento de cabañas de piedra y barro con techos de cañas entrelazadas agrupadas al rededor de un pozo de agua. Más allá se veía el reflejo del sol sobre la superficie cenagosa de los pantanos.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



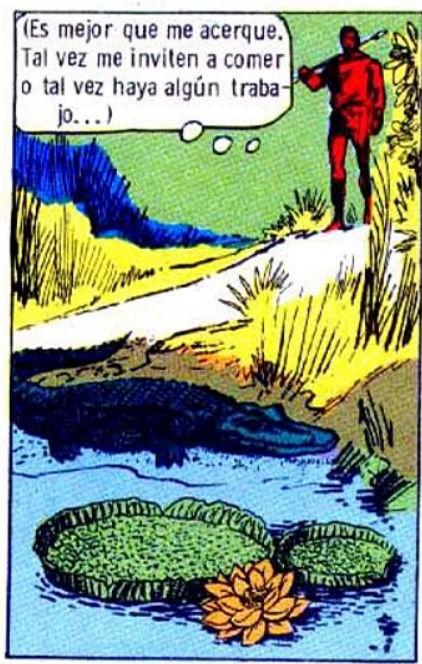
Me detuve allí apoyado en mi lanza, observándolo. El suelo sobre el cual caminaba era húmedo y verdoso y costaba despegar los pies. Los esqueletos de caracoles y cangrejos formaban una corteza crujiente.



Vine a dar a aquella zona pantanosa simplemente perdido en mi deambular. Estaba hambriento pues no había caza en esas tierras blandas y mi carne salada hacía días que se había terminado.



Además, no tenía oro ni plata ni nada de valor.



(Es mejor que me acerque. Tal vez me inviten a comer o tal vez haya algún trabajo...)



(Seguramente alguno de estos insectos del barro es comestible o tal vez haya peces en las aguas pero no tengo conocimiento de ellos...)



Me eché la lanza al hombro y seguí acercándome a la aldea. Un olor dulzón y nauseabundo llegaba desde los juncales.



Mira, padre.



Un forastero. ¿Qué querrá?

Tiene aspecto de hombre pobre.



Los dioses os bendigan...

Pasa, forastero.



La hospitalidad es lema de los pobres para el viajero. El que vive en los caminos sabe que la puerta de un palacio tal vez se le cierre pero nunca la de una choza.

Come con nosotros. No nos falta pescado ni verduras.

Te agradezco.



Mi nombre es Ennimer. Estas son mis mujeres y mis hombres. Soy la cabeza de la aldea.



Soy Nippur, nada más. Solamente poseo lo que llevo encima y un estómago que pide más cuando hay menos.

Todos rieron y un chiquillo semidesnudo y de ojos divertidos me alcanzó una escudilla de vino.

Gracias. ¿Cómo te llamas?

Enmerkar, hijo de Ennimer, el hombre que te ofrece su vino y su comida para que te reconfortes.



Ennimer era un anciano fuerte con las piernas débiles de tanto trabajar en el limo verduoso del pantano. Me senté en su patio, entre sus hijos y su mujer. Todos me miraban con curiosidad pero fue el pequeño Enmerkar el primero en romper el silencio.



En cierta forma puede decirse que sí lo soy, pequeño amigo, aunque realmente no formo parte de ningún ejército.



Me sonrió orgullosamente.

Yo toco la flauta. ¿Quieres oírme?



No molestes al invitado, Enmerkar.

No, hombre, déjalo. Sí, toca algo para mí, muchacho.



Su rostro enrojeció de placer y de sus ropas extrajo una corta flauta de cañas, teñida de color azul.

Te tocaré una canción de labradores. Te tocaré alguna canción de guerra pero no conozco ninguna.



Con lentitud, casi con religiosidad, el niño se llevó la flauta azul a la boca. Sus dedos estallaron como chispas blancas sobre los ojos negros del instrumento. Y la melodía se desenroscó en el aire como humo brillante...



El silencio se había hecho a nuestro alrededor y las manos estaban inmóviles sobre las escudillas de comida. Me descubrí a mí mismo, olvidado de mi hambre, oyéndolo extasiado.



Luego, como un sueño que se destruye, o como una flor seca que se pulveriza al contacto del viento, la música cesó.



Muchacho, he visto muchas tierras y he oído a muchos músicos pero jamás he escuchado a ninguno que se te pueda comparar.



Enmerkar es nuestra felicidad aquí en nuestros pantanos. Su música es un presente de los dioses y nos acerca a ellos.



¡Bah! Valdría más que trabajara como todos en lugar de perder el tiempo con su estúpida flauta.

Siempre hay los mismos tipos de hombres en los grupos. Este era el grandulón corpulento y bruto, de cerebro estrecho y vanidad quisquillosa. Tenía arcos y flechas, y las manos ensangrentadas.



Es una boca para alimentar que no gana lo que te das, Ennimer.



Quando yo te diga cómo matar tus presas, tú me dirás cómo educar a mis hijos, Agga. Has-ta entonces respétalos.



El grandulón sonrió torcidamente y escupió al suelo. Tenía ojos estrechos y malignos.

¿Y si no...?



El anciano comenzó a incorporarse pálido de ira pero en ese momento el lúgubre sonido de un cuerno resonó sobre los juncales.

¿Y eso?



Es el jorobado. Quiere su comida.

¡Sí. Prepara rápido algo.



Toma, aquí tienes. Déjalo a la entrada del pueblo.

Descuida...



Sorprendido, vi al anciano Ennimer alejarse con la cesta en dirección a los juncales. Toqué el hombro de la mujer de Ennimer.

¿Qué hace tu marido?

Hay un hombre que vive en los juncales, Nippur. Un hombre gigantesco, jorobado y horrible que aterroriza a nuestra gente. Nos reclama comida y nos dicta leyes.

Lo hará hasta el día en que yo pueda alojarle una flecha segura. ¡Ese día se convertirá en abono para nuestros sembrados!

¡Cállate! ¡No hables así!

¿Defiendes al jorobado, mocoso? ¿Quieres que te...?

Deja al muchacho.

¿Y tú quién eres? ¿De dónde sales y con qué derecho me ordenas callarme?

Me puse de pie y vi que sus ojos me estudiaban. Éramos casi del mismo tamaño, pero su piel era enfermiza y sus músculos fofos. Vacilé y le sonreí agríamente.

No trates de asustarme a mí con tu musculatura, cazador. Matar-te me sería la cosa más fácil del mundo.

¡Tú...!

¡Miren! ¡El jorobado!

Olvidé todo y creo que a los demás les ocurrió lo mismo. Volví los ojos hacia el juncal. El sol comenzaba a descender en el horizonte y un frío húmedo se elevaba de la tierra.

El canto ululante de un pájaro nos trajo a todos a la realidad del momento. En el atardecer gris nos miramos unos a otros. El encanto horrible del monstruo aún no nos dejaba hablar.

Ese era...

Me voy. Debo colgar mi presa...

¿Hace mucho que apareció el monstruo?

Tres años. Un día capturó a uno de los nuestros y le dio instrucciones para el pueblo. Quería comida en cada atardecer o de lo contrario nos haría conocer el horror de su furia.

¿Y qué hicisteis?

Le dejamos comida. Luego intentamos colocar trampas pero las descubrió. Por cada una que colocamos un hombre de nuestra aldea recibió una paliza tremenda.

Uno de nuestros cazadores fue a matarlo y nunca volvió. Desde entonces dejamos de resistir. Le dejamos sus comidas y de tanto en tanto él habla conmigo.

¿Habla? ¿De qué?

De los sembrados. Nos dice dónde trabajar o qué cultivar. Eso es algo que conoce muy bien, y gracias a él podemos tener mejores cosechas de las que nunca tuvimos.

Es extraño...

Volví el rostro hacia los juncales barrocos donde, en estos momentos, en alguna parte, aquel ser de pesadilla estaría devorando su comida, invisible en su universo de fango y caracoles.

Extraño...

Ven. Te indicaré dónde dormirás.

¿Cómo podré pagarte esto? Carezco de todo.

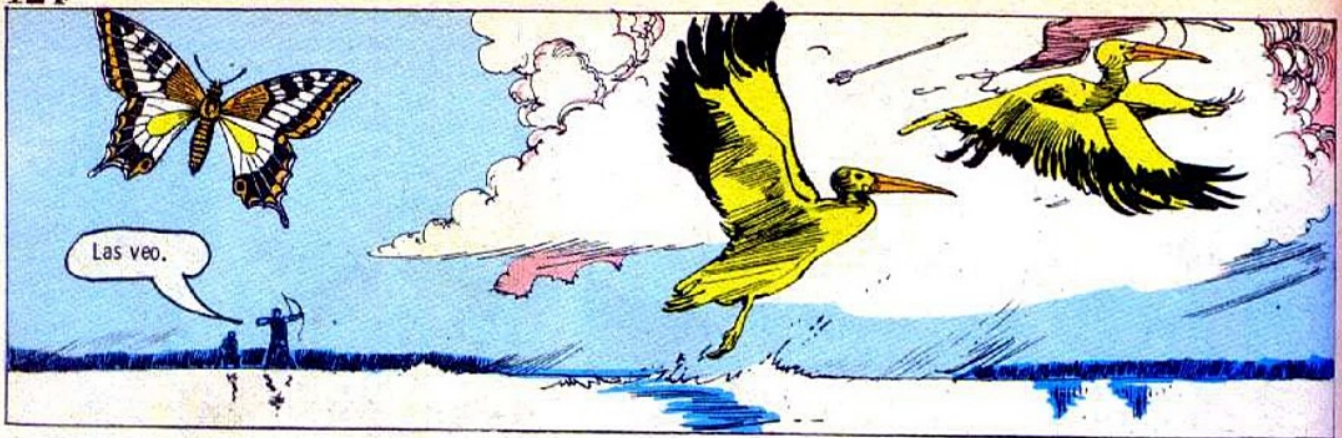
Si quieres puedes ayudarme yendo de caza mañana. Tengo arcos y flechas que manejo muy mal. Tal vez tú lo hagas mejor que yo.

Haré lo posible.

En la mañana me interné en los pantanos. Llevaba arco y flechas y me acompañaba el pequeño Enmerkar.

Por aquí suelen venir las aves...

¡Allá! ¿Las ves?



Las veo.



La caza fue fructífera y volvimos cargados de presas. El viejo Ennimer palmoteó satisfecho.

¿Ves lo que te decía? Hay que saber usar el arco.



Sí. Algo de eso hay.



(Allí va. Creo que lo seguiré...)



(Se interna por los juncales, y marcha muy seguro...)



(Ni se da cuenta de que lo sigo...)



(Pero... ¿Dónde está? Lo he perdido de vista...)



(Un momento... Allí escucho una flauta...)



(Veamos...)



(Allí están...)

El jorobado parecía una sombra monstruosa y deforme, más horrible que nunca comparado con el niño esbelta que junto a él hacía sonar su pequeña flauta azul.



Entonces me puse de pie...

Hermosa música, Enmerkar.



¡Nippur!



¡Quieto o te atravieso!



¡No lo hagas, Nippur!  
¡No lo hagas! ¡Ennam es mi amigo!



Cálmate. No pienso atacarlo. Sólo quería asegurarme de que tampoco él me haría daño. Vengo en paz y mis flechas sólo son para las aves.



Esta vez el que habló fue el jorobado. Su voz era ronca y gutural, una voz que no estaba ya acostumbrada a ser utilizada.

Si vienes en paz, nada te haré. Acércate.



¿Cómo nos encontraste, Nippur?

Te seguí. Imaginé que eras amigo de él.



No entiendo. ¿Cómo sospechaste...?

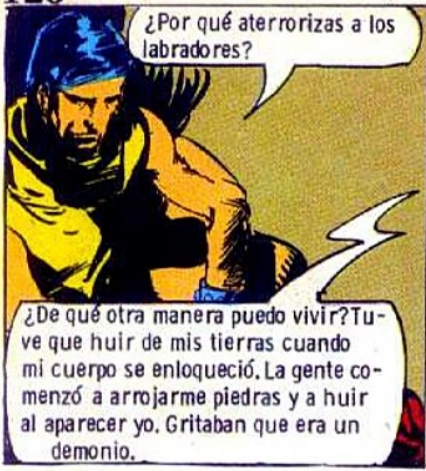
Por la flauta, Enmerkar. Y por las manos manchadas de jugo azul de tu amigo. Advertí eso cuando lo vi llevarse la canasta.



Hay muchos pueblos que conocen el secreto del teñido por medio de jugos de hierbas y creo que tu amigo Ennam viene de uno de esos pueblos. Estoy seguro de que tu flauta es obra de él. ¿Me equivoco?

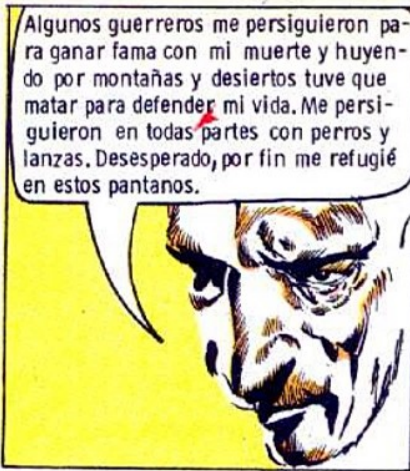


No. No te equivocas. En efecto, en el pueblo donde yo nací conocían ese arte y yo lo aprendí de niño. Un día oí tocar a Enmerkar y me acerqué a él y al contrario de los demás no huyó al verme. Desde entonces somos amigos.



¿Por qué aterrorizas a los labradores?

¿De qué otra manera puedo vivir? Tuve que huir de mis tierras cuando mi cuerpo se enloqueció. La gente comenzó a arrojarme piedras y a huir al aparecer yo. Gritaban que era un demonio.



Algunos guerreros me persiguieron para ganar fama con mi muerte y huyendo por montañas y desiertos tuve que matar para defender mi vida. Me persiguieron en todas partes con perros y lanzas. Desesperado, por fin me refugié en estos pantanos.



Pero no había comida y decidí utilizar el horror y exigir provisiones a los labradores. No quería haceros daño y por eso cuando pusieron trampas solamente golpeé a algunos. Luego vino un cazador que me sorprendió, luchamos y él murió. Tuve que defenderme.



Creo que cometes un error, Ennam. Creo que en la aldea de Enmerkar te recibirían bien. Les has hecho mucho bien con tus consejos y ellos lo saben. Deberías unirte a ellos.



¡Se lo he dicho muchas veces, Nippur! Pero tiene miedo de dejar su escondite. ¡Díselo tú! ¡Dile que venga con nosotros!



Si tú quieres, yo hablaré con los hombres de la aldea y les expondré el caso. ¿Qué te parece?



Por favor, Ennam... Acepta...



Está bien. Háblales.



... y eso es todo, hombres. Ennam ofrece sus fuerzas y sus conocimientos que son muchos como ya lo sabéis vosotros. Quiere formar parte de la comunidad. Creo que es un hombre de sano corazón y sería de gran ayuda para vosotros.



Has hablado bien, Nippur, y te hemos escuchado con gusto. La historia es curiosa e interesante y yo por mi parte estoy dispuesto a ofrecer mi casa y mi mano al hombre de los pantanos.



Yo también.

Y yo.

Yo también.



¿Y tú, Agga?

Pues... déjalo que venga.



Ya has oído, Nippur. Dile al hombre de los pantanos que nuestra aldea lo recibirá como un hijo más.

Lo haré.



En la mañana toda la gente de la aldea abandonó sus casas y aguardó de pie en el exterior. De los pantanos se elevaba la niebla.

Tu hijo ha ido a traerlo. No tardará en llegar.



Allí viene.



Sí, los juncales crujieron y el niño y el monstruo aparecieron a nuestra vista, tomados de la mano. Dulce escena en que el niño parecía dar fuerzas a su colosal amigo.

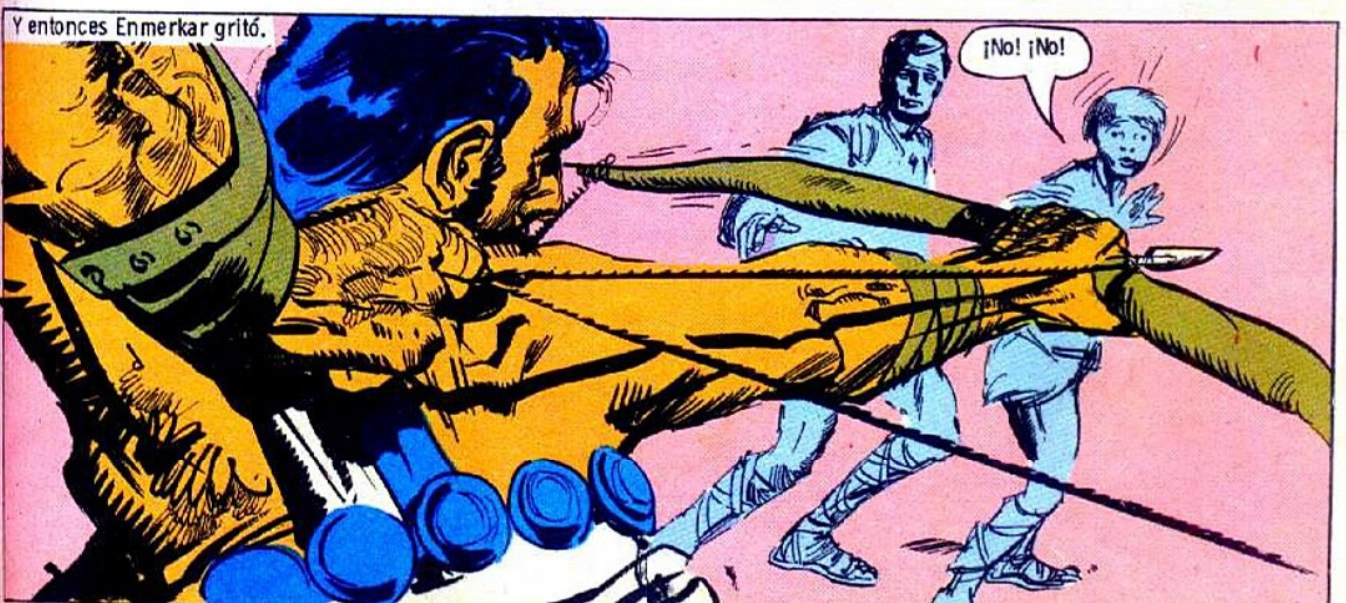


¡Salve, Ennam! Me alegro de verte.

Salve, Nippur...



Ven. Te llevaré ante el padre de Enmerkar. Está impaciente por conocerte mejor.



Y entonces Enmerkar gritó.

¡No! ¡No!

Y lo vi...



Muy tarde...



Pero...



¿Por qué...?



¡Lo maté! ¡Maté al monstruo de los pantanos! ¡El nombre de Agga será famoso en...!



¡En los infiernos resonará tu nombre, asesino!



¡Ahhhh!



Me volví hacia el cuerpo caído del jorobado de los pantanos. El llanto de Enmerkar sonaba desesperadamente.



Ennam... Ennam...

Luego, sus ojos arrasados en lágrimas se alzaron como buscando algo, como implorando algo y se detuvieron en mí. Musitó entonces con voz estrangulada:



Nippur...  
¿Por qué...?

No pude contestar nada. Ni siquiera fui capaz de sostener su mirada dolorosa de niño. Por sobre los junciales fangosos la niebla parecía humareda y por sobre todo ello debía haber un sol que no podíamos ver. Un sol muy lejano.



**Fin**